

Vuélvete á él y bendice su misericordia contigo: si te queda todavía alguna gran empresa que llevar á cabo, tu edad no será un obstáculo á sus designios. ¿No tenía Abraham mas de cien años cuando engendró á Isaac? ¿y era joven Sara...? ¿Quién ha causado tus aflicciones de hoy, Dios ó el mundo? Las promesas que te ha hecho no las ha infringido nunca: nunca ha dicho, despues de recibir tus servicios que tú le hubieres comprendido mal. El hace todo lo que debe, y aun mas todavía: lo que hoy sufres es el salario de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros amos. No temas, pues, nada, y ten confianza en la desesperacion misma: todas estas tribulaciones están escritas en el mármol y no sin razon; es preciso que se cumplan. Y la voz que me habló me dejó lleno de consuelo y de fortaleza.»

XIII.

Al fin la estacion apaciguó el mar, y los dos hermanos por tanto tiempo separados volvieron á reunirse en las naves y llegaron lentamente á la Española. Una de las tres carabelas zozobró de fatiga al acercarse á la costa, y no le quedaron mas que tres barcos viejos para colocar en ellos todas sus tripulaciones. Abatidos sus compañeros, sin viveres y sin fuerzas, perdidas sus áncoras, sus naves haciendo agua, roidas de gusanos y llenas, dice, «de tantos agujeros como un panal de miel,» con los vientos y el mar implacables que le empujaban de la Española á la Jamáica, pronto ya á sumergirse sus barcos, apenas le dieron tiempo para encallarlos en la arena en una bahía desconocida, atarlos juntos con cables y tablas formando un solo monton, levantar sobre aquellos dos puentes reunidos, tiendas para sus tripulaciones, y aguardar en aquella terrible situacion de un naufragio el socorro de la Providencia.

Atraídos los indios por el espectáculo de aquel naufragio y de aquel fuerte construido por extranjeros en su playa, cambiaron con los españoles viveres por objetos sin valor, cuya novedad formaba el precio á sus ojos. Sin embargo, los meses corrian, las provisiones se agotaban, los terrores del porvenir y los murmullos sediciosos de las tripulaciones infundian una ansiedad pensativa en el ánimo del almirante. La única esperanza que le quedaba era un aviso de su desastre al gobernador de la Española, Ovando. Pero la Española se hallaba separada de la Jamáica por cincuenta leguas de mar. Una canoa de salvajes era la única embarcacion que podia utilizar: y ¿qué hombre querría arriesgarse por sus hermanos hasta el punto de jugar su vida contra un elemento tan vasto y terrible, sobre un tronco

de árbol socavado, sin otros aparejos que un remo? Diego Mendez, joven oficial de la escuadra de Colon, que ya en otras circunstancias estremas habia mostrado el olvido de sí mismo que hace los héroes y los milagros, se presentó una noche á la imaginacion del almirante.

Hizole llamar reservadamente al lado de su cama, donde la gota le tenia postrado, y le dijo:

—Hijo mio, de todos los que estamos aqui, vos y yo somos los únicos que comprendemos los peligros en que no hay mas perspectiva que la muerte: solo nos queda por tentar un medio; es preciso que se esponga uno solo á perecer por todos ó nos salve á todos. ¿Queréis ser ese uno?

Mendez respondió:

—Monseñor muchas veces me he espuesto por mis hermanos; pero algunos de ellos murmuran y dicen que vuestro favor me elige siempre que hay alguna accion brillante que llevar á cabo. Proponed, pues, mañana á toda la tripulacion la comision que me ofrecéis, y si ninguno acepta, os obedeceré.

El almirante hizo al dia siguiente lo que Mendez habia pedido. Interrogada toda la tripulacion, proclamó la imposibilidad de una travesia tan grande sobre un pedazo de madera, juguete del viento y de las olas. Entonces se adelantó Mendez, y dijo modestamente:

—No tengo mas que una vida que perder; pero estoy pronto á esponerla por vuestro servicio y por la salvacion de todos: me entrego á la proteccion de Dios. Mendez partió, y se perdió en las brumas y en las espumas del horizonte á los ojos de los españoles, cuya vida llevaba con la suya.

XIV.

Sin embargo, el aguardar sin esperanza, el aislamiento absoluto del mundo conocido y el exceso de la desgracia agriaron contra el almirante á sus compañeros, los cuales le imputaron su perdicion. Dos de sus oficiales favoritos, Diego y Francisco de Porras, á quienes habia tratado como á hijos y revestido de los principales mandos en la escuadra, fueron los primeros á levantar contra él la queja, el insulto y muy luego la sedicion. Aprovechándose de una crisis que postraba á su bienhechor en su lecho, y llevándose consigo á la mitad de los marineros y soldados, se apoderaron de una parte de los viveres y de las armas, amotinaron á sus cómplices á los gritos de ¡Castilla! ¡Castilla! y llenaron de maldiciones y de ultrajes al almirante. Colon, á quien la enfermedad habia desarmado y que no podia hacer mas que levantar las manos al cielo, les suplicó en

vano que volviesen á su deber. Despreciaron á sus lágrimas como sus órdenes y le echaron en cara su vejez, sus cabellos blancos, sus padecimientos corporales, levantando el hierro sobre su cabeza. Bartolomé Colon se armó de su lanza, se interpuso entre ellos y el almirante, á quien sostenian varios servidores en sus brazos y auxiliado por la porcion fiel de la tripulacion, salvó los dias y la autoridad de su hermano sobre las naves. Los dos Porras y cincuenta cómplices suyos abandonaron los barcos, devastaron la comarca, sublevaron á los indígenas por sus crimines, intentaron en vano construir barcos para dirigirse á la Española, perecieron parte en la tentativa, volvieron á atacar á Colon y á sus compatriotas en las naves, fueron vencidos por el brazo intrépido de Bartolomé, que mató á su gefe Francisco Porras, y se sometieron al fin á su deber, suplicando á Colon que perdonase su ingratitud y su rebelion.

Entretanto el mensajero de Colon en su débil tronco habia sido dirigido por la Providencia sobre aquel desierto de agua, y habia chocado como un resto de un naufragio lejano contra los escollos de la Española. Conducido á través de la isla por los indígenas, habia llegado despues de fatigas y peligros sin cuento á presencia del gobernador Ovando. Entrególe el mensaje del almirante y aumentó con su narracion el interés y la piedad que la situacion desesperada de Colon y sus compañeros debian inspirar á compatriotas. Pero fuese incredulidad, fuese lentitud, fuese una secreta esperanza de arruinar á un rival demasiado grande para no ser acreedor al reconocimiento, los españoles de la Española dejaron correr dias y meses bajo diversos pretextos. Luego enviaron, como á pesar suyo, una ligera nave mandada por Escobar solo para reconocer la situacion de los barcos naufragos sin abordar la costa ni hablar á las tripulaciones. Aquella nave apareció y desapareció una noche á gran distancia á las miradas de Colon y sus marineros con tanto misterio, que su supersticion la tomó por la sombra de una embarcacion que venia á tentar su credulidad ó á profetizar su muerte.

Al fin Ovando se decidió á enviar barcos al almirante para sustraerle á la sedicion, al hambre y á la muerte. Despues de un naufragio de diez y seis meses, el almirante, abrumado de años, de achaques y de desgracias; volvió á ver por algunos dias la isla de la que habia hecho un imperio, y de la que le proscibian la ingratitude y la envidia. Pasó allí algunos meses, bien acogido en apariencia, en casa del gobernador; pero esluído de toda influencia en el gobierno, viendo á sus enemigos favorecidos, á sus amigos espulsados ó perseguidos á causa de su fidelidad, y lamentando la ruina y la esclavitud de aquella tierra, que habia él descubierto como el jardin del mundo, y que volvía á ver como la tumba de sus que-

ridos indios. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, despobladas sus tierras ó incultas, le entregaban á la vez la vejez, á la enfermedad, á la indigencia. Arrojado, por último, con su hermano, su hijo y algunos servidores en un barco que volvía á Europa, le arrastró un mar implacable de borrasca en borrasca á San Lucar, donde desembarcó el 7 de noviembre y desde donde le trasportaron á Sevilla con las fuerzas agotadas y el cuerpo débil, pero con el ánimo invencible, é inmortal en voluntad y esperanza.

XV.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenia un techo para proteger su cabeza.

«Si quiero comer ó dormir, escribe desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una posada, y muchas veces no tengo con qué pagar mi cena y cama.»

Sus desgracias y su indigencia le eran menos intolerables que la miseria de sus compañeros y servidores, á quienes habia unido con tantas esperanzas á su suerte, y que le echaban en cara su decepcion y su miseria. Escribió al rey y á la reina en favor suyo; pero el ingrato Porras, aquel rebelde vencido que debia la vida á su magnanimidad, se le habia adelantado en la corte y estraviaba contra su bienhechor el ánimo de Fernando.

«He servido á VV. MM., escribia al rey y á la reina, con tanto celo y constancia como pudiera haberlo hecho para merecer el paraíso, y si algo me ha quedado por hacer, es porque mi ánimo ó mis fuerzas no alcanzaban mas allá.»

Contaba y con razon, con la justicia y el favor de su protectora la reina Isabel; pero este apoyo de su causa iba á faltarle tambien: el infortunio doméstico habia alcanzado tambien á ella, y vivia inconsolable de la muerte de su hija querida. Próxima á espirar, escribió en su testamento este testimonio de su humildad en el puesto supremo, y de la constancia de su ternura hacia el esposo á quien queria permanecer unida hasta en la muerte:

«Que mi cuerpo sea sepultado en la Alhambra de Granada en un sepulcro á nivel de la tierra y que pisen todos; que una simple piedra contenga mi nombre. Pero si el rey mi señor elige para sí una sepultura en algun otro templo ó en alguna otra parte de nuestros reinos, desco que mi cuerpo sea exhumado, trasportado al lado del suyo, á fin de que la union de nuestros cuerpos en el sepulcro atestigüe y signifique la union de nuestros corazones durante nuestra vida, y como espero por la misericordia de Dios la union de nuestras almas en el cielo.»

«¡Oh hijo mio! escribió Colon á Diego al

saber la muerte de su bienhechora: que esto te sirva de lección para lo que tienes que hacer ahora. La primera cosa es recomendar piadosa y afectuosamente á Dios el alma de la reina nuestra soberana. Ella fué tan buena y tan santa, que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su protección en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones de este mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que veles y trabajes con todas tus fuerzas por el servicio del rey; es el jefe de la cristiandad. Acuérdate al pensar en él, de que cuando la cabeza sufre, todos los miembros padecen. Todo el mundo debe orar por el consuelo y la conservación de sus días; pero nosotros especialmente que somos sus servidores.»

Tales eran los sentimientos de reconocimiento y de fidelidad de Colon en el colmo de sus desgracias. Pero la muerte de Isabel no solo arrastraba consigo su fortuna, sino también su vida. Retenido en Sevilla por la pobreza de su equipage y por los achaques crecientes de sus miembros, no tenía mas consoladores que á su hermano Bartolomé y á su segundo hijo Fernando.

Este hijo, de edad de diez y seis años, anunciaba todas las cualidades graves del hombre maduro, con todas las gracias del adolescente: «Amale como á un hermano», escribe Colon á su hijo amado Diego, á la sazón en la corte, no tienes otros. Diez hermanos no serian demasiado para tí. Nunca he tenido mejores amigos que mis hermanos.» Rogó á Bartolomé que condujese á aquel jóven á la corte, y le recomendase á su hijo legítimo Diego. Bartolomé partió con Fernando para Segovia, residencia entonces de la corte. En vano solicitó la atención y la justicia para Colon.

Luego que la primavera templó la atmósfera, Colon, acompañado de su hermano y de sus hijos, se encaminó él mismo hácia Segovia. Su presencia pareció allí importuna al rey, pues su indigencia era una reconvencción á la corte. El juicio de su conducta y la restitución de sus bienes y privilegios fueron entregados á consejos de conciencia, que sin atreverse á negar sus derechos, gastaron su paciencia en dilaciones. Al mismo tiempo gastaban su vida. Sus inquietudes de ánimo, la prevision de la desnudez en que dejaría á sus hermanos y á sus hijos agriaban sus padecimientos corporales.

«V. M., escribia al rey desde el lecho del dolor, no juzga á propósito ejecutar las promesas que he recibido de él y de esa reina que está ahora en la gloria. Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. He hecho lo que debía hacer; que Dios que me ha sido propicio siempre haga el resto según su justicia divina.»

Conocia que lo que iba á faltarle era la vida, no la constancia. Su hermano Bartolomé y su hijo Diego se habian ausentado por su orden para ir á implorar á la reina Juana, hija de

Isabel, que volvía de Flandes á Castilla. El dolor físico, la angustia moral, el sentimiento de la abreviación de sus días demasiado cortos ya para que pudiera esperar justicia antes de su fin; los triunfos de sus enemigos en la corte, la burla de los cortesanos, la frialdad del príncipe, los presentimientos de la última hora, el aislamiento en que le tenía la ausencia de su hermano y de su hijo en una ciudad olvidada ó ingrata, los recuerdos de una vida, cuya mitad habia pasado en aguardar la hora de un gran destino, y la otra mitad en deplorar la inutilidad del genio: sin duda también la compasión á esa raza inocente y feliz de los indios que habia encontrado libres y niños en su jardín de delicias, y dejaba esclavos, despojados y profanados en las manos de sus opresores, sus hermanos sin apoyo, sus hijos sin herencia; la duda sobre la suerte de su memoria entre los hombres futuros, esa agonía del genio desconocido, todas estas tribulaciones de sus miembros, de su ánimo, de su cuerpo, de su alma, de lo pasado, de lo presente, del porvenir, pesaron á la vez sobre el anciano, abandonado en su cuarto de Segovia durante la ausencia de sus hermanos y de sus hijos. Pidió á uno de sus criados, anciano y antiguo compañero de sus expediciones, de su gloria y de sus miserias, que le trajese á su lecho un pequeño breviario, regalo del papa Alejandro VI en aquellos tiempos en que los soberanos le trataban como soberano. Escribió con su mano debilitada su testamento sobre una página de este libro, al cual atribuía una virtud de consagración divina.

«Estrano espectáculo para su pobre servidor! Aquel anciano, abandonado del universo y recostado en un lecho indigente en una casa de huéspedes de Segovia, distribuía en su testamento mares, hemisferios, islas, continentes, naciones é imperios. Instituyó por heredero principal á su hijo legítimo Diego.

«Ruego á mis soberanos y á sus sucesores, decia, que mantengan mi voluntad en la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis empleos, siquiera porque habiendo nacido en Génova, he venido á servirles en Castilla, y les he descubierto la tierra firme, las islas y las Indias.

«Mi hijo poseerá mi cargo de almirante de la parte del Océano que se halla al Este, tirando una línea de polo á polo.»

Pasando de esto al empleo de las rentas que le estaban aseguradas por su tratado con Isabel y Fernando, el anciano distribuía con liberalidad y cordura los millones que correspondían á su familia entre sus hijos y Bartolomé su hermano. Señalaba una cuarta parte á este hermano, y dos millones anuales á Fernando.

Se acordaba de la madre de este hijo, Doña Beatriz Enriquez, con quien nunca se casó, y cuyo abandono durante sus peregrinaciones marítimas era un peso para su conciencia. En-

cargó á su heredero diese una opulenta pensión á esta compañera de sus días amargos cuando luchaba en Toledo contra los rigores de su suerte. Hasta se acusó de ingrato hácia el objeto de su segundo amor, pues añade al legado estas frases, escritas por su mano moribunda:

«Y cúmplase esto para alivio de mi conciencia, porque este nombre y esta memoria son un peso enorme para mi alma.»

Dirigiendo sus ojos despues hácia esa primera patria que ninguna otra puede borrar completamente en el corazón del hombre, tuvo un recuerdo para esa ciudad de Génova, donde el tiempo habia hecho desaparecer toda su familia paterna; pero donde le quedaban algunos lejanos parientes, como esas raíces que quedan en la tierra despues de cortado el tronco.

«Mando á mi hijo Diego que sostenga siempre en Génova á un miembro de nuestra familia, que residirá en ella con su muger, asegurándole una existencia honrosa y como conviene á una persona que nos pertenece. Quiero que este pariente conserve la residencia y nacionalidad de Génova, porque allí he nacido y de allí he partido.

«Que mi hijo, añade con ese sentimiento caballeresco hácia el soberano, que era la religión de su tiempo, sirva al rey, á la reina y á sus sucesores hasta la pérdida de sus bienes y de su vida, pues despues de Dios ellos son los que me han suministrado los medios de efectuar mis descubrimientos.

«Es verdad, continuó con involuntario acento de amargura, semejante á una queja mal ahogada en su memoria, que he venido á ofrecérselas desde lejos, y que ha trascurrido mucho tiempo antes que se haya querido creer en el presente que traía á SS. MM.; pero esto era natural, porque era un misterio para todo el mundo, y que solo podía inspirar incredulidad. Por esto debo compartir la gloria con los soberanos que los primeros se fiaron de mí.»

XVI.

Colon dirigió en seguida todos sus pensamientos hácia ese Dios, á quien habia considerado siempre como su único y verdadero soberano; cual si hubiese dependido directamente de esa Providencia, cuyo instrumento y ministro era. La resignación y el entusiasmo, esos dos resortes de su vida, no le faltaron en su muerte. Se humilló bajo la mano de la naturaleza y se elevó bajo la mano de Dios, mano que habia dividido siempre al través de sus triunfos y de sus reveses, y que sentía mas cereana en los momentos de abandonar la tierra. Se abismó en el arrepentimiento de

sus faltas y en la esperanza de su doble inmortalidad.

Poeta de corazón, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó en la poesía sagrada de los salmos las últimas aspiraciones de su alma y las últimas palabras de su boca. Pronunció en latin el adios supremo á este mundo, y con alta voz encomendó su alma al Creador. Servidor satisfecho de su obra, y despedido del mundo visible, que habia ensanchado, para ir al mundo invisible á apoderarse del espacio inconmensurable de los universos infinitos.

XVII.

La envidia y la ingratitud de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre, que habia llegado á ser su víctima. Los contemporáneos parece como que tienen prisa de espiar, respecto á los muertos, las persecuciones que han causado á los vivos. Hicieronle á Colon funerales régias. Su cuerpo, y mas tarde el de su hijo, despues de haber habitado muchos monumentos fúnebres en diversas catedrales de España, fueron trasportados y sepultados conforme á su deseo en la Española, como el conquistador en su conquista. Hoy descansan en Cuba. Pero por un juicio incomprendible de Dios, ó por una consecuencia ingrata por parte de los hombres de todas las tierras de América, que se disputaran el honor de guardar sus cenizas, ninguna guardó su nombre

XVIII.

Todos los caracteres del hombre verdaderamente grande se encuentran reunidos en este hombre. Genio, trabajo, paciencia, oscuridad de la suerte vencida por la fuerza de la naturaleza, obstinación dulce pero infatigable hasta lograr el fin, resignación celeste, lucha contra las cosas, larga premeditación del pensamiento en la soledad, ejecución heroica del pensamiento en la acción, intrepidez y sangre fría contra los elementos en las tempestades y contra la muerte en las sediciones, confianza en la estrella, no del hombre, sino de la humanidad, vida arriesgada sin pensar en lo que deja atrás al arrojarse en ese Océano desconocido y lleno de fantasmas, Rubicon de mil quinientas leguas, algo mas irremediable que el de César. Estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo, manejo hábil, pero honroso de los corazones para seducirlos á la verdad, nobleza y digni-

dad en las formas exteriores que revelaban la grandeza del alma y que encadenaban los ojos y los corazones, lenguaje proporcionado á la magnitud y á la altura de sus pensamientos, elocuencia que convencía á los reyes y que aplacaba las sediciones de sus tripulaciones, poesía de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta en esas latitudes lejanas que acaban hasta con la memoria, sabiduría de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias, piedad paternal para con los indios, hijos de la raza humana, á quienes quería dar la tutela del mundo antiguo, pero no la servidumbre de sus opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en perdonar á sus enemigos, piedad, en fin, esa virtud que contiene y diviniza todas las demas, cuando ella es lo que era en el alma de Colon; presencia constante de Dios ante su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el corazón, alegría y gratitud

en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion por do quiera y siempre.

Tal fué este hombre. Nada conocemos mas acabado: contenía á muchos en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca de ese mundo desconocido, al que iba á abordar el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza las virtudes del viejo continente sin uno solo de sus vicios. Ninguno por lo grande de su influencia mereció mejor el nombre de civilizador.

Su influjo en la civilizacion fué incomensurable. El completó el universo, acabó la unidad física del globo. Era adelantar mas que cuanto antes de él se hiciera la obra de Dios: la unidad moral del género humano. Esta obra, á la cual concurrió Colon, era demasiado grande en efecto para estar dignamente recompensada con la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. La América no lleva su nombre; pero el género humano reunido por él, lo llevará á todo el globo.

CICERON.

PRIMERA PARTE.

Año 107 antes de Jesucristo. — 647 de la fundacion de Roma.

I.

Ciceron... no es nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.

La elocuencia, tal como nosotros la comprendemos y tal como Ciceron la comprendía, no es solamente el arte de hablar á los hombres en una plaza pública, es el don de sentir mucho, de pensar bien, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de expresar con poder y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demas hombres la idea, el sentimiento, la conviccion, la verdad, la admiracion de lo bello, el gusto por la honestidad, el entusiasmo por la virtud, el afecto al deber, el heroismo de la patria, la fé en la inmortalidad, que hacen al alma honrada, al corazón sensible, al entendimiento justo, á la razon sana, á la ciencia popular, á la imaginacion artista, al patriotismo ardiente, al varon viril, á la libertad querida, á la filosofia piadosa, á la religion conforme á la idea mas alta de la Divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad santa.

He aqui lo que nosotros entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone para nosotros la posesion y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, resumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

II.

Ningun hombre acaso reúne como Ciceron todas estas cualidades. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, idolo y victima del pueblo, teólogo, jurisconsulto, orador supremo, hombre honrado, sobre todo, tuvo ademas la rara felicidad de emplear todos estos diferentes ejercicios, ora en la mejora, en la tranquila posesion de las delicias de su alma en la soledad, ora en el perfeccionamiento de las artes de la palabra, por el estudio, ya en los negocios públicos de su patria, que entonces eran los negocios del universo, aplicando así sus dones, sus talentos, su valor y sus virtudes al bien de su país, de la humanidad, y al culto de la Divinidad, á medida que se perfeccionaba.

III.

No se pueden reprochar á Ciceron mas que dos faltas: la vanagloria en la contemplacion de si mismo, ó las debilidades reales, ó mas bien indecisiones culpables al fin de su vida hácia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se estudia bien su historia, no son faltas hijas de su carácter, sino faltas de su época.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres, en aquellos tiempos en que la religion mas magnánima no habia enseñado todavía á los hombres la abnegacion, la modestia, la humanidad, que nos emancipan de las glorias terrenales, y que la refieren á la satisfaccion muda de la conciencia ó á la sola aprobacion de Dios.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO